

III

ANGELUS NOVUS SOBRE
EL PAPALOAPAN

Una bandada de cuervos

pasó

*cruzando el cielo
nacío,*

haciendo

cuar,

cuar,

cuar

EL MENSAJE DE LA TÉCNICA

“Del Papaloapan/el aire cobra su frutal acento,/y en su dulce piscina de gardenias/el acuático sol toma su baño/en su torso de niño al descubierta.../entonces los pulmones del gran río:/el cedro, la caoba, el guanacastle:/en su respiración selvática y profunda/ inundan de oxígeno la sangre/que ha de salvar la vocación de México.”¹

Así inicia Luciano Kubli su segundo poema civil — un canto de celebración del río Papaloapan en el que convergen por igual, y sin aparente contradicción, el encomio a la naturaleza y el elogio a la tecnología que busca modificarla—. En efecto, dividido en dos secciones —la técnica al servicio de México y el hombre al servicio de México—, *El Papaloapan. Testamento social de un río* alaba la poderosa presencia del afluente a través del sureste de México, sin dejar de reconocer en ningún instante los esfuerzos realizados por el alemanismo para encauzar sus aguas. No por nada el libro va precedido de un escueto comentario: “El presidente Alemán rubricará su legado administrativo con el signo nacional del Papaloapan”. Y una dedicatoria: “A don Alfonso Ruiz Cortines, leal y recio continuador de la magna obra administrativa del presidente Alemán”. Publicado en 1951 por Luciano Kubli, un periodista y poeta que había estado a cargo del Departamento de Acción Cívica durante los años

¹ Luciano Kubli, *El Papaloapan. Testamento social de un río. Segundo poema civil*, México, Strylo, 1951.

de gobierno del general Cárdenas y cuyas publicaciones habían aparecido también en *Redención*, el periódico garridista de Tabasco, *El Papaloapan* parece extender sin problema alguno aquel canto a favor de la tecnología y la vida moderna que había sido la marca misma del estridentismo, pero esta vez ligado de manera estrecha a los designios de los gobiernos del así llamado Milagro Mexicano de mediados del siglo xx. Lejos de ser vanguardista, la lírica se coloca aquí al servicio de la técnica en una posición supeditada y acrítica; aún más, se pone al servicio del proyecto principal, sin duda, del gobierno de Miguel Alemán: la Comisión del Papaloapan, fundada en 1947, con una erogación final de 267 184 834 pesos.

No faltan aquí y allá, en este largo poema civil, las líneas en que se registra cierta melancolía por lo que fue: “Ya no eres libre, río, te arrendaron/con inflexibles riendas de concreto/y en la grupa rebelde te dejaron/el galápagos frío del acero:/ya no estás libre y sin embargo/puedes sembrar el golpe de tus cascos/y derribar los árboles del sueño/con tu alegre relincho temerario.”²

Pero en ningún momento se pone en duda la relevancia de un proyecto que, de acuerdo con la versión oficial del gobierno desarrollista, terminaría por llevar el progreso y la modernización a un área olvidada pero rica en recursos naturales, pobre pero capaz de enmendar sus modos hacia el camino de lo que aquellos en el poder llamaban civilización: “Si la armonía se traduce en números/y en una cifra caben:/el verso, la canción/y hasta la rosa,/el CONSTRUCTOR escribe partituras/en las pautas modernas del andamio,/y el pueblo que interprete su sentido/ en esa sinfonía se ha salvado.”³

Tal vez porque la resistencia más feroz a los trabajos del Papaloapan emergió “en la parte alta, montañosa y sin vías de comunicación, que corresponde a Oaxaca” es que el poeta cívico se detiene por unos instantes en este territorio muy al inicio de *El Papaloapan*: “Los brazos morenos de Oaxaca/te sirvieron de cuna./—oh, río, que afforó de la leyenda/ como el lirio que nace/en la garganta de Donají—;/del costado remoto de la sierra/cofre de soledad inmarchitable.”⁴

No sólo era Oaxaca la zona “menos familiarizada con el progreso”, sino que incluso, en este extremo sur de la cuenca, “aislado, sin caminos y despoblado, habitan los indios mixes sobre las faldas del Zempaltepec [*sic*]... que, por su modo de vida miserable y casi olvidado del resto del mundo, se diría que no sale aún de la edad de piedra.”⁵ Esos mismos mixes, descritos por órganos oficiales como primitivos o, incluso, como inexistentes (gran parte del territorio es calificado como “virgen”), fueron los que, desde 1947, el año en que dio inicio la Comisión del Papaloapan, organizaron una sublevación en contra del cacicazgo de Luis Rodríguez, cabecilla que ejercía su poder con saña y autoritarismo desde Zacatepec pero siempre en contubernio con los poderes estatales y, también, federales.⁶

Tal vez no fue por pura coincidencia, entonces, que la Comisión del Papaloapan mandara precisamente hasta la sierra norte a uno de sus asesores y fotógrafos más activos. Juan Rulfo, quien fue contratado como director “G” entre el 1° de febrero de 1955 y el 13 de noviembre de 1956, terminando sus labores en 1957. Rulfo no sólo visitó Ayutla, Tamazulapam

² *Ibid.*, p. 23.

³ Secretaría de Recursos Hidráulicos, Comisión del Papaloapan, *El Papaloapan. Obra del presidente Alemán. Reseña sumaria del magno proyecto de planificación integral que ahora se realiza en la cuenca del Papaloapan*, México, 1949.

⁶ Íñigo Laviana, *Los caciques de la sierra*, México, Jus, 1978.

² *Ibid.*, p. 65.
³ *Ibid.*, “El mensaje de la técnica”, p. 97.

y Tlahuilotpec en busca de las imágenes requeridas para elaborar el documental sobre danzas mixes al lado del cineasta alemán Walter Reuter; también aprovechó el mismo viaje para presenciar el primer encuentro de ayuntamientos mixes en Zacatepec —el territorio del temido Luis Rodríguez—, en el cual se trataron temas concernientes a la intervención de la comisión en el área.⁷ Rulfo no sólo participó en la creación de varios reportes de la comisión, a los cuales contribuyó con sus fotografías mucho más allá del año en que terminó su contrato de trabajo, sino que también preparó índices para una revista asociada a los quehaceres del gobierno mexicano en la cuenca.⁸ Juan Rulfo también participó, de primera mano, en el reacomodo de chinantecos y mazatecos de la zona del Valle de Soyaltepec: “Entre sus documentos personales se encuentra una lista de aproximadamente seis cuartillas donde anotó a mano y en tres columnas datos sobre el propietario de la casa, el número de sus habitantes, y el nombre del nuevo lugar construido por la comisión a donde se les llevaría: Las Margaritas, El Chapulín, Nuevo Cosalapa, Nuevo Soyaltepec, Corral de Piedra, Arroyo Chicali, Nuevo Paso Nacional, Chi-

⁷ Paulina Millán Vargas, “Las fotografías de Juan Rulfo en la Comisión del Papaloapan, 1955-1957”, tesis de maestría en historia del arte, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2010, p. 44.

⁸ La investigación para la elaboración de este capítulo proviene de libros y documentos del Archivo Histórico y Biblioteca Central del Agua, ubicados en la Ciudad de México, especialmente: *Informe de la comisión designada por el C. Presidente para estudiar problemas de la parte oaxaqueña de la Cuenca de Papaloapan* (México 1972); Comisión del Río Papaloapan, *Memoria de la Comisión del Río Papaloapan, 1947-1988* (México, Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, Instituto Mexicano de Tecnología del Agua, 1990); *Dotaciones agrarias en Oaxaca. Antigua zona de influencia de la oficina de la Comisión Nacional del Papaloapan* (México, 1935-[1966]); Alfonso Villa Rojas, *El Papaloapan. Obra del presidente Alendán, 1947-1952* (México, s. f.); David McMahon, *Antropología de una presa: los mazatecos y el proyecto del Papaloapan* (México, INI-SEV, 1973).

chicazapa y Nuevo Pescadito”.⁹ Se dice “reacomodo” cuando se quiere decir “desalojo”. Se dice “reacomodo” por decir “expulsión”. Estar fuera. Sacar de aquí.

“Rulfo lo recordaba perfectamente, le platicó al arquitecto Víctor Jiménez, director de la Fundación Juan Rulfo, que él estuvo en el Papaloapan subiendo a la gente con gallinas y demás vienes [sic] en las lanchas cuando la presa empezó a llenarse.”¹⁰

EL DOBLE AGENTE

“Hay un cuadro de Klee que se llama *Angelus Novus*”, contaba Walter Benjamin en las ahora famosas tesis sobre teoría de la historia. Con el fin de acentuar su visión crítica sobre el progreso en tanto desdoblamiento lineal siempre en pos de un mundo mejor, Benjamin eligió enfatizar tanto la postura retrógrada del ángel, que ve hacia el pasado, como el catastrófico paisaje que mira a su alrededor. “Su rostro está vuelto hacia el pasado. Donde nosotros percibimos una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única que amontona ruina sobre ruina y la arroja a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado, pero desde el paraíso sopla un huracán que se entreda en sus alas, y que es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlos.”

Las fotografías de Juan Rulfo, especialmente las 50 imágenes que curaron Andrew Dempsey y Francisco Toledo en 2006 para la exposición organizada por el Centro Fotográfico Manuel Álvarez Bravo, y para el libro *Juan Rulfo: Oaxaca*, me hicieron pensar en Rulfo como ese ángel de Benjamin que, acaso melancólico o rabioso, mira hacia atrás para dejar evidencia de la ruina y la soledad, la indiferencia

⁹ Paulina Millán Vargas, op.cit., p. 22.

¹⁰ *Ibid.*, p. 22.

y la catástrofe de la modernidad mexicana de mediados del siglo XX, mientras el viento, enredándose alrededor de su torso y sus brazos, lo paraliza y lo jala hacia delante al mismo tiempo. Hacia el futuro. Hacia el progreso.¹¹

Contempladas desde el punto de vista exclusivo del desarrollo económico, sus fotografías, en efecto, retratan la miseria proverbial de las comunidades indígenas en las sierras y en los valles de Oaxaca. Pero vistas por ojos distintos, en esas imágenes quedan también las señas de los distintos trabajos ejercidos por hombres y mujeres en bien de la comunidad. Sus vestidos, sus gestos y sus costumbres familiares vuelan movimiento o texto forman parte de una galería en la que se plasma la humanidad de ese México profundo que marcara su propia obra de manera tan permanente. Además de los cuerpos y los semblantes de los habitantes de estos pueblos, Rulfo también puso atención a las soberbias construcciones de antaño, tanto a las que se mantenían en pie a pesar de todo como a las que habían cedido de manera dramática ante el paso del tiempo y la indiferencia gubernamental.

¿Cómo fue posible que Rulfo, quien desde 1947 se había asentado de manera fija en la Ciudad de México, accediera a estos lugares poco visitados de la República mexicana? ¿Cómo fue posible que esos hombres y mujeres y niños supuestamente temerosos a perder su alma al contacto con el *flash*, como reza el estereotipo, se dejaran fotografiar?

Es sabido que Juan Rulfo tomaba fotografías desde adolescente. Es sabido también que, como entusiasta del alpinismo, no dejó pasar la oportunidad de captar vistas singulares del Popocatepetl y, en su momento, del cráter del Nevado de Toluca. Menos sabida es, sin embargo, la relación que se estableció entre su empleo como agente de ventas de la com-

pañía Lantera Goodrich-Euzkadi desde 1947 hasta 1952, y las imágenes, tanto visuales como textuales, que produjo en papel de albúmina y en los libros que publicó entre 1953 y 1955: *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*, respectivamente.

Enrique G de la G no hace mucho dio a conocer "Rulfo para turistas", un artículo en el que analizó las seis fotografías del autor jalisciense que ilustraron el número de *Caminos de México*, la guía de viajes producida por la compañía Lantera con el fin de popularizar el uso del automóvil y ganarle, así, la competencia al tren en asuntos de turismo.¹² Rulfo ya no trabajaba ahí para ese entonces, pero había sido redactor y tal vez también editor de la revista *Mapas*, otra publicación de la Goodrich-Euzkadi para colocar el automóvil y el turismo realizado sobre ruedas en un lugar privilegiado entre las costumbres de recreo de las nuevas clases medias.

En 1956, después del parentesis laboral del que gozó gracias a la beca del Centro Mexicano de Escritores entre 1954 y 1955, Rulfo regresó a su condición de empleado, esta vez en la Comisión del Papaloapan. Asentado transitoriamente en Ciudad Alemán, un conjunto urbano creado de manera artificial en la región de Cosamaloapan para resolver las necesidades de vivienda y administración de la comisión, Rulfo continuó con su tradición viajera, recorriendo de nueva cuenta o descubriendo nuevos recovecos de la Oaxaca profunda. Un México muy tropical.

Rulfo llegó a todas esas comunidades indígenas, pues, no sólo como un observador empático e interesado, sino como un activo agente de la modernidad. Tal vez, como el ángel de Benjamin, Rulfo hubiera querido detenerse, pero a la par del ángel de la historia tampoco podía dejar de ser arrastrado por el viento del progreso que le enredaba las alas. Rulfo no sólo fue el testigo melancólico del atrás que la moder-

¹¹ Andrew Dempsey y Francisco Toledo, *Juan Rulfo: Oaxaca, México*, RM Editores, 2009.

¹² Enrique G de la G, "Rulfo para turistas", *Letras Libres*, abril de 2012.

nidad arrasaba a su paso, sino también, en tanto empleado de empresas y proyectos que terminaron cambiando la faz del país, fue parte de la punta de lanza de la modernidad corrupta y voraz que, en nombre del bien nacional, desalojaba y saqueaba pueblos enteros para dejarlos convertidos en limbos poblados de murmullos.

“Este huracán —continuaba Benjamín en su pequeña parábola del *Angelus Novus*— le empuja irremediablemente hacia el futuro, al cual le da la espalda, mientras los escombros se elevan ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso”, concluía lúgubrenmente el pensador alemán. Ese huracán pasó por Comala —y aquí esa Comala puede bien ser Oaxaca— y por un llano en pleno incendio, dejando sólo los murmullos sin cuerpo y las ruinas que, luego de destruirlas, formaron parte del universo Juan Rulfo.

RECURSOS NATURALES

En el origen de la Comisión del Papaloapan está el desastre natural. El 23 de septiembre de 1944 un ciclón tocó tierra en el puerto de Veracruz, mientras un frente estacionario azotaba las costas de Guerrero, Oaxaca y Chiapas. Los altos niveles de precipitación pluvial en la zona oriente de la sierra mazateca ocasionaron el desbordamiento de la parte baja de la cuenca del río Papaloapan, lo que a su vez produjo una tremenda inundación que arrasó al menos con 200 mil hectáreas de tierra, y dejó un saldo oficial de 100 muertos. Conocida como “La tragedia de Tuxtpec” o “El peor desastre de la cuenca”, y anunciada en su momento en el periódico *El Universal* con el encabezado “Tuxtpec ha desaparecido prácticamente”, la inundación devastó 80% de San Juan Bautista Tuxtpec, así como todas las poblaciones ribereñas de Veracruz. Como lo argumenta el historiador

Tomás García Hernández en *La tragedia de Tuxtpec*, el desastre natural no sólo develó las carencias de una región que había visto pasar ya la bonanza del oro verde, como se le denominaba a la explotación bananera, sino que también marcó el inicio de la etapa moderna de un poblado con una ubicación estratégica para el desarrollo agrícola y ganadero de la región, así como para el paso del comercio. “La inundación de Tuxtpec no sólo es un hecho dramático y dantesco —aseguraba García Hernández—, es por muchas razones el inicio de la historia moderna de Tuxtpec[...]. La tragedia marcó el partaguas que dividió una etapa de una integración hacia adentro, por otra, la del Tuxtpec moderno, plenamente integrado hacia la cuenca, hacia el estado de Oaxaca y hacia el país mismo.”¹³

Cuando el presidente Manuel Ávila Camacho y el gobernador del estado, Edmundo Sánchez Cano, visitaron la población el 14 de octubre sólo encontraron desolación. Impactado, el presidente dictó algunas medidas de emergencia: “Obras de defensa de la ciudad contra futuras inundaciones. Limpieza y reacondicionamiento de las calles. Amplio crédito para ejidatarios, agricultores y comerciantes. Agua potable para la ciudad. Instalación de una potente planta de energía eléctrica.”¹⁴ Poco tiempo después, el domingo 3 de diciembre, se constituyó el comité pro recuperación de Tuxtpec. Un año más tarde, para diciembre de 1945, un proyecto de decreto presentado ante el Congreso de la Unión autorizaba al Ejecutivo federal a formar una “comisión técnica para el estudio de la cuenca total del río Papaloapan”. El acuerdo presidencial que dio finalmente origen a la Comisión del Papaloapan, que entró en vigor en 1947 y no llegó a su fin sino hasta 1984, fue firmado por Miguel

¹³ Tomás García Hernández (comp.), *La tragedia de Tuxtpec*, Oaxaca, Dirección Municipal de Educación, Cultura y Recreación, 1994, p. 18.

¹⁴ *Ibid.*, p. 15.

Alemán en febrero de 1946. Durante el primer sexenio de sus actividades, la comisión gozó de una partida de 269 858 729 pesos, de los cuales 7 826 905 fueron destinados específicamente para una sección de estudios y planeación.

Estoy tentada a creer que una parte ínfima de esa partida fue lo que le tocó a Juan Rulfo cuando, a invitación expresa del ingeniero civil Raúl Sandoval Landázuri, vocal ejecutivo de la comisión desde 1953, se incorporó a la Comisión del Papaloapan entre el 1° de febrero de 1955 y el 13 de noviembre de 1956, como asesor e investigador de campo, con el fin adicional, aunque incumplido, de crear y dirigir una revista.

LA AMISTAD CON UN INGENIERO

Jorge Zepeda rescató no hace mucho algunos escritos de Rulfo cuando era integrante de la comisión.¹⁵ En el texto y los dos esbozos que se publicaron en *La Jornada Semanal* del 12 de noviembre de 2006, Rulfo mostró un entusiasmo poco característico por el espíritu modernizador del México de mediados de siglo. Tal como el ángel del progreso que describiera Walter Benjamin, Juan Rulfo parece encarnar aquí una figura contradictoria: un apasionado del progreso que va hacia delante sobre los vientos de la Comisión del Papaloapan y, a la vez, el solidario defensor de las comunidades indígenas que, melancólicamente, mira la ruina, la miseria, la orfandad. ¿Se puede ser las dos cosas a la vez sin morir en el intento? ¿Se puede ser ambas cosas y seguir, después, escribiendo? Testigo y ejecutor del espíritu modernizador del periodo alemánista, Rulfo lamentaba, en efecto, el estado de las cosas, lo que estaba a punto de desa-

parecer, mientras, simultáneamente, elogiaba las oportunidades que el quehacer de ingenieros, agrónomos y biólogos ofrecía a las comunidades de unas tierras hasta ese entonces volcadas hacia adentro, al decir del historiador García, de la cuenca del Papaloapan.

En el obituario que le dedica a ingeniero Sandoval, por ejemplo, Rulfo dio cuenta de, o acentuó, las condiciones de miseria, soledad e indiferencia en que vivían “los pueblos de la Chinantla, de la Mijería; los mazatecos y los zapotecas; los pobrecitos chochos de la Alta Mixteca.”¹⁶ Rulfo insistía, sin embargo, en “la esperanza”, y no en meras promesas, que el ingeniero Sandoval llevó a esas regiones del país. Lo que él “les dio”, dijo en más de una ocasión. Con una visión francamente optimista, cuando no paternalista, Rulfo describió cómo Sandoval prestó por primera vez atención a los indios de la zona, a quienes “no consideraba indios, sino integrantes del pueblo mexicano”, y cómo, a través de una actividad frenética, que incluía visitas constantes a la región, les hizo llegar “maíz, [h]atos de ovejas”, mientras también promovía “el cultivo de café en las zonas húmedas.”¹⁷

Aunque algunas de las fotografías en las regiones mixtes de Oaxaca fueron hechas en compañía del cineasta Walter Reuter, otras, entre ellas las más emblemáticas de la producción rulfiana, fueron realizadas también como acompañante de Sandoval en la cuenca del Papaloapan. Iniciando o corronando sus escritos, adecuadamente, con el “yo lo vi”, el “yo estuve ahí” del testimonio presencial, Rulfo se convirtió en el testigo melancólico de las alas del progreso en su paso por la cuenca del río. En su visita a Tlacotalpan después

¹⁵ Jorge Zepeda, “Rulfo en el Papaloapan: algunos documentos”, *La Jornada Semanal*, núm. 610, 12 de noviembre de 2006.

¹⁶ Juan Rulfo, “Un texto y dos esbozos”, *La Jornada Semanal*, núm. 610, 12 de noviembre de 2006.

¹⁷ *Ibid.*

de la inundación, por ejemplo, Rulfo dice: “Los pueblos del Bajo Papaloapan no tenían nada que temer: ni la invasión de las aguas ni, como lo comprobé en Tlacotalpan, la ocupación de las casas señoriales por la plebe de los barrios inundados”.¹⁸ Continúa, ya refiriéndose específicamente al ingeniero Sandoval: “Yo lo vi en Vigasteppec, trepando a pie las elevadas montañas [...] En Tepelmeme, donde derogó el abastecimiento de agua al gobierno de la nación, y no a él. Allí mismo en Tepelmeme descendió de la presa construida por él, cuando el cura del pueblo quiso adjudicarle su nombre”.¹⁹ Similares actos son reportados en el Alto Papaloapan, o en las riberas del río Santo Domingo, o el Tonto. Rulfo lo vio en persona. Rulfo estuvo ahí.

A la par, aunque de manera más escueta, Rulfo le dedicó comentarios elogiosos, comentarios que también involucraban el uso del vocablo *esperanza*, a Luis Rodríguez, o don Luis, como lo llamó él haciendo eco del trato respetuoso que, en las versiones oficiales y oficialistas, los mixes le prodigaban a su líder. En su descripción de Zacatepec, una capital del distrito mixe, Rulfo hizo hincapié en la similitud del paisaje de miseria que compartía con otros poblados de la sierra, pero también recalcó que “en categoría política sobrepasa a cualquiera”. Allí radica “el hombre” que mueve los ánimos de los hombres mixes, el patriarca de una raza que ha sabido subsistir a pesar de todas las adversidades: Luis Rodríguez, o don Luis, como se le nombra con respeto. Basta una orden suya para poner en movimiento al imperio mixe de un confin a otro. Basta un consejo, una palabra de consuelo, para que Tlahuitolepec o Ayutla, azotados por algún mal, recobren la esperanza”.²⁰ A don Luis, tanto como al ingeniero Sandoval, Rulfo les atribuye una

“visión extraordinaria”. Pero tanto don Luis como el ingeniero Sandoval fueron rodeados por la polémica dentro de sus propias comunidades.²¹ Muchos estuvieron listos para reconocer el arrojo y el dinamismo de don Luis, especialmente la manera en que logró establecer un diálogo útil entre su distrito étnico y el gobierno central; pero muchos más no dudaron en calificarlo de cacique cruel y autoritario. Incluso, muchos años después de que su presencia marcará la zona de Zacatepec, Yásnaya Aguilar —una mixe de Ayutla— dejó un testimonio inquietante sobre el legado de violencia asociado a don Luis cuando se internó en su territorio en 2009:

Para alguien de Ayutla como yo que además ha escuchado historias terribles por los pueblos de alrededor, resulta difícil llegar a Zacatepec sin cargar, además de la mochila, una bolsa de prejuicios. Y es que es difícil estar en este pueblo sin pensar que fue la tierra del cacique Luis Rodríguez, sin pensar en las imágenes de los relatos de muerte, de huidas nocturnas, de miedo cotidiano. Dice la abuela que antes era imposible ver a alguien de Ayutla en este lugar. Pero ahora que estoy aquí, trato de luchar con las imágenes, trato de comprender un poco para descubrir que Zacatepec es algo distinto del sello con el que lo marcó Luis Rodríguez.²²

Rulfo, quien asistió a una de las asambleas comunitarias en Zacatepec, tal vez después de haber escalado el Zempoaltépetl, optó, sin embargo, por delinear los aspectos más luminosos del líder, ocultando o ignorando no sólo las muchas quejas, sino también los movimientos de resistencia

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ *Ibid.*

²¹ Luis Alberto Arrijoja Díaz, *Entre la hora y el cuchillo: la correspondencia de un cacique caxaqueño, Luis Rodríguez Jacob (1936-1957)*, México, UNAM, 2009.

²² Yásnaya Aguilar, “Zacatepec”, <25 de agosto de 2009, blog La Ruta Ayuujk, <<http://lartuayujk.blogspot.mx/search?q=zacatepec>>.

que el peculiar ejercicio del poder de Rodríguez ocasionaba entre la comunidad mixe.

En varios de los obituarios que se le dedicaron al ingeniero Raúl Sandoval en 1956 se comentó, casi al pasar, que su muerte había sido resultado de un accidente. Omar González, autor de "Juan Rulfo: Oaxaca", publicado en el semanario *Punto y Aparte* el 19 de mayo de 2011, afirma, citando a su vez un artículo de Alberto Vidal incluido en el número 409 de *México en la Cultura*, que la muerte del apresurado constructor de la presa Miguel Alemán, el "domador de ríos" y, al decir de Rulfo, "el héroe de esos doscientos cincuenta mil huérfanos de la cuenca del Papaloapan", fue producto de un asesinato "mientras investigaba negocios turbios en torno a la obra [de la Comisión del Papaloapan]".²³ Una fotografía de Rulfo, la ahora famosa "Músicos mixes", fue utilizada, en todo caso, para ilustrar el número con el que *México en la Cultura* honró la muerte de Raúl Sandoval. En el reverso la foto llevaba una inscripción que, de manera por demás discreta, da cuenta de los sutiles pero no por ello menores cambios en la transcripción: "Músicos Zaatepec-Mixes, Oax."

TEQUIO

En una serie de frases sueltas que no llegó a convertir en una argumentación articulada en párrafos, Rulfo esbozó, sin embargo, algunas de sus ideas fundamentales acerca del mundo indígena y su relación con el impulso modernizador de la época. Lejos de detenerse en consideraciones esencialistas que tanto han privilegiado el "alma" de los pueblos originarios o la diferencia immanente del indígena, Rulfo

se concentró en sus procesos de trabajo, especialmente el trabajo colectivo, también conocido como *tequio*, en tanto "formidable elemento de producción" y modo "solidario y orgánico" de producir comunidad. Es ahí donde radica, a su vez, es decir, de acuerdo con la visión del que estuvo ahí y lo vio todo, "la utilidad social" que había hecho posible la construcción de obras "en beneficio de su nación". Si se destruían los vínculos generados por el trabajo colectivo, auguraba Rulfo, "la nación se convertiría en comunidades dispersas [...] fácil sería entonces que se vieran despojados de sus tierras".²⁴

Muchos años después, hacia finales del siglo XX, Floriberto Díaz, el antropólogo mixe que en 1979 impulsó el Comité de Defensa de los Recursos Humanos y Culturales Mixes, el cual tendría continuidad en la Asamblea de Autoridades Mixes de 1984, y la fundación de Servicios del Pueblo Mixe en 1998, prestó similar atención a la relación del trabajo colectivo con la formación y la supervivencia de los pueblos indígenas. Además de considerar que "las plantas, el agua, las rocas, las montañas también expresan y captan sentimientos", es decir, que el ser humano, el *jiá'*, no es el único con estas capacidades, los mixes han hecho del trabajo, en especial del trabajo colectivo conocido como tequio, la liga de producción que los une a la tierra y la liga de liderazgo que los estructura como entidad política. "*Kiutink*, en mixe, nada tiene que ver con el significado occidental de la palabra *autoridad*; significa, literalmente, 'cabeza de trabajo'; en la práctica es quien con su ejemplo motiva que la comunidad realice las actividades necesarias para su desarrollo."²⁵ El trabajo comunal, el tequio, es "una energía transformadora

²³ Omar González, "Juan Rulfo: Oaxaca", *Punto y Aparte*, 19 de mayo de 2011.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ Sofía Robles Hernández y Rafael Cardoso Jiménez (comps.), *Floriberto Díaz. Escrito. Comunalidad, energía viva del pensamiento mixe*, México, UNAM, 2007, p. 61.

que mantiene, además, al ser humano en constante contacto creativo con la naturaleza".²⁶

No deja de ser llamativo que en "Una visión del Pueblo Mixe", uno de los capítulos que integran el libro *Floriberto Díaz. Escrito. Comunalidad, energía viva del pensamiento mixe*, compilado por Sofía Robles Hernández y Rafael Cardoso Jiménez, Díaz muestre una especial animadversión por el tipo de proyectos modernizadores que, generados desde el centro del país, con una óptica mestiza e integradora, nunca comprendieron la relevancia del trabajo colectivo de las comunidades indígenas, y produjeron despojo, dislocación y pobreza. Acusando la injusta adjudicación de tierras comunales mixes por parte de representantes de "los intereses de la nación" (las comillas son usadas así, en el original), Díaz acusó especialmente a "la Comisión del Papaloapan, Fábricas de Papel Tuxtepec, y el propio Instituto Nacional Indigenista y sus representantes regionales".²⁷ El ángel melancólico del progreso agita sus alas con desesperación: Juan Rulfo, escritor ejemplar, fue empleado en distintos tiempos de su vida por al menos dos de estas agencias citadas por Díaz. Asesor e investigador de campo para la Comisión del Papaloapan. Integrante del Departamento de Publicaciones —cuando estaba a cargo de Carlos Solórzano— del Instituto Nacional Indigenista desde 1963 hasta su muerte, en 1986. Y el ángel del progreso guarda silencio.

PIE DE FOTO

Del latín *rem tus*, pasado participio de *remov re*, que significa retirar o apartar, la palabra *remoto* no sólo sugiere distancia, sino también incredulidad. Hay algo allá, a lo lejos, a punto de caer en el olvido. Hay algo cada vez más retirado. Hay algo inverosímil. Es imposible pronunciar la palabra *remoto* sin establecer el centro desde el cual se enuncia. Es imposible enunciarla, luego entonces, sin generar una relación desigual de poder. Yo te nombro, dice el hablante, y al nombrarte te alejo. Tal vez por eso en muchos de los planes modernizadores de mediados del siglo xx mexicano la palabra *remoto* apuntala lo dicho o lo prometido o lo que está por hacerse. Las comunidades que se pretende mejorar son todas remotas. Remotas son las montañas que se imponen en su estado primigenio de caudal sin rumbo. Remoto es el camino, por lo regular escarpado, que nos lleva hasta la más lejana lejanía. La modernización alemanista tenía cierta debilidad por ese vocablo. Por esa sensación. Lo utilizaba a manera del talismán con el que se conjura, con su mera presencia, la imperiosa necesidad de la mano civilizadora del Estado o del capital. Te digo remoto para que desees estar cerca de mí. Te digo remoto para que caigas a mis pies.

A Juan Rulfo, la Comisión del Papaloapan lo contrató para que fuera a lugares *remotos* y, en su faceta de fotógrafo y cuidadoso observador, en su faceta de observador disciplinado, pudiera ser testigo del estado de deterioro, del estado de franca tristeza y desolación en que se encontraban las comunidades que por cientos de años habían reclamado las tierras de la cuenca del Papaloapan como propias. ¿Pero se encontraban así? ¿Su capacidad de sobrevivir con base en una agricultura de subsistencia así como el número de muertes por paludismo constituían, de verdad, evidencias equivalentes de marginalidad y de pobreza? ¿Las muchas len-

²⁶ Para una exploración contemporánea de la relación entre el trabajo, el sequío, y los bienes de la comunidad, ver los artículos incluidos en Apantele. Silvia Federici, Gladys Tzul Tzul, Raquel Gutiérrez Aguilár, Diana Fuentes, Mina Lorena Navarro y una entrevista con Silvia Rivera Cusicanqui, entre otras.

²⁷ *Ibid.*, p. 83.

guas que hablaban y su falta de escolaridad eran muestras de su exclusión o de su autonomía?

Ciertamente, el propósito de la comisión era documentar con toda objetividad las características materiales, culturales y espirituales de los pueblos indígenas de la región, esperando que tales registros contribuyeran a legitimar un proyecto monumental y caro. Y aquí, por objetivamente se entiende que tales tomas de datos y evaluaciones se harían o estaban haciéndose dentro de los límites de lenguajes, como el científico, o tecnologías, como la cámara, que se presuponían ajenos a engañosos puntos de vista meramente personales. Todos los datos, todas las interpretaciones, todas las evaluaciones fueron tomadas y presentadas de igual manera en español, ignorando y, de hecho, reprobando la condición multilingüe del estado de Oaxaca. Se contrataron, por lo mismo, ingenieros y médicos, arquitectos, maestros y agrónomos, antropólogos y dibujantes. Y se contrató, también, a ese escritor que acababa de publicar un par de libros bien recibidos por la prensa y que justo terminaba un período de dos años como becario en el Centro Mexicano de Escritores. Juan Rulfo, la creciente reputación de Juan Rulfo, tendría que dar fe del cambio. Su lente y su palabra se convertirían así en ese mítico parateguas capaz de identificar un antes y un después. Tan importantes como las cortinas de cemento que prometían contener el flujo feroz del Papaloapan eran las cortinas de palabras en español que ayudarían a proveer de forma al proyecto en conjunto de su doma. Su labor, pues, nunca fue menor. Rulfo tenía que utilizar sus habilidades con la palabra y con la lente para producir un paisaje desolador y, a la vez, un futuro promisorio. Las dos cosas al mismo tiempo. Prometerlo todo, sí.

Aseguraba Charles Bernstein que un poema es “cualquier construcción verbal que se designe como poema. La designación de un texto verbal como poema señala más una manera

de leer que una evaluación de la calidad del trabajo”.²⁸ Algo similar había sugerido, años atrás, Duchamp respecto de la obra de arte. El contexto y la recepción, la lectura y el roce desempeñan papeles centrales en la mutación de un objeto o una práctica en una obra de arte. Hay definiciones que es mejor esperar del exterior. Y nunca, como al ver las fotografías que Juan Rulfo tomó de la cuenca del Papaloapan en su contexto original, es decir, dentro de los documentos de la comisión que se conservan en el Archivo Histórico del Agua, tuvieron Duchamp o Bernstein tanta razón.²⁹

Hay que enfundar las manos en guantes y colocarse cubrebocas en el rostro. Hay que llenar papeletas con letra clara para pedir cada uno de los documentos.³⁰ ¿Usted quiere ver las fotos del que ayudó al desalojo de los indios en el Papaloapan?, me preguntó, sin ningún asomo de alevosía o de sarcasmo, una asistente de la archiverista. Yo no sabía que eso era lo que quería ver, pero le dije que sí. Hay que esperar. Y, cuando ya están ahí, esparcidas sobre la mesa rectangular del archivo, hay que tocarlas con cuidado y calma, con una artificial familiaridad. Como quien no quiere la cosa, es una manera de decir y de mirar. Las imágenes, que parecen estáticas, en realidad están haciendo un viaje enloquecido de regreso. Vienen a toda prisa desde el mundo del arte en el cual las he visto una y otra vez, colgando de infinidad de paredes blancas dentro de recintos con techos muy altos, para aterrizar ahora, torpemente tal vez, en el mundo de la evidencia y la documentación. Un descenso brutal, más que un viaje. Un cambio de estado. Éstos son los

²⁸ Charles Bernstein, “Creative Reading and Aesthetic Judgment”, *Attack of the Difficult Poems. Essays and Inventions*, Chicago, University of Chicago Press, 2011, p. 42.

²⁹ Véase *Informe de la comisión...*, *op. cit.*

³⁰ *Ibid.*, Archivo Histórico del Agua, México, Comisión del Papaloapan, Informes; Desalojo-México-Oaxaca; Inundaciones, presas y depósitos, Papaloapan, rfo.

retratos con los que un empleado especialmente talentoso de la comisión lograba hacer visible el mundo que, pronto, sería arrasado por la presa Miguel Alemán.

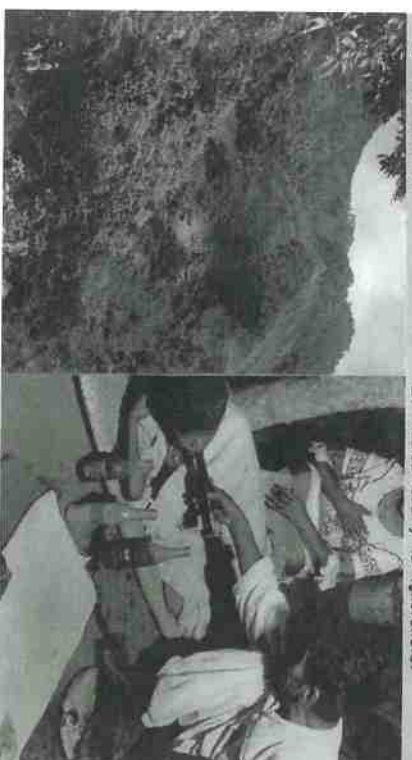
Un pie de foto es una leyenda. Las palabras que aparecen abajo, o alrededor, o adentro de la imagen fotográfica ordenan la mirada: le dicen en qué fijarse y también cómo organizar lo visto. Un pie de foto es, en efecto, una captura. De la viral polisemia de la imagen, sólo la posibilidad de una lectura. De la explosión de los muchos significados, sólo uno con el que salir al exterior. El pie de foto es una clara indicación de que lo que ven nuestros ojos no está ahí para ser interpretado de múltiples maneras, sino para ser asimilado sólo de una. El proceso de digestión de la mirada. El pie de foto corrobora que lo que vemos es información y no arte.



Los inundaciones.

FACTORES ADVERSOS.

El aislamiento.



La insalubridad y la ignorancia.

Inundación provocada por el río Papaloapan, Veracruz, en Planificación integral de la cuenca del Papaloapan, 1962.

CXNMQUA-AHA, Fondo Comisión del Papaloapan, Caja 127, Expediente 1771, Legajo 1, Foja 70r, Foto 1.

El aislamiento, en Planificación integral de la cuenca del Papaloapan, 1962.

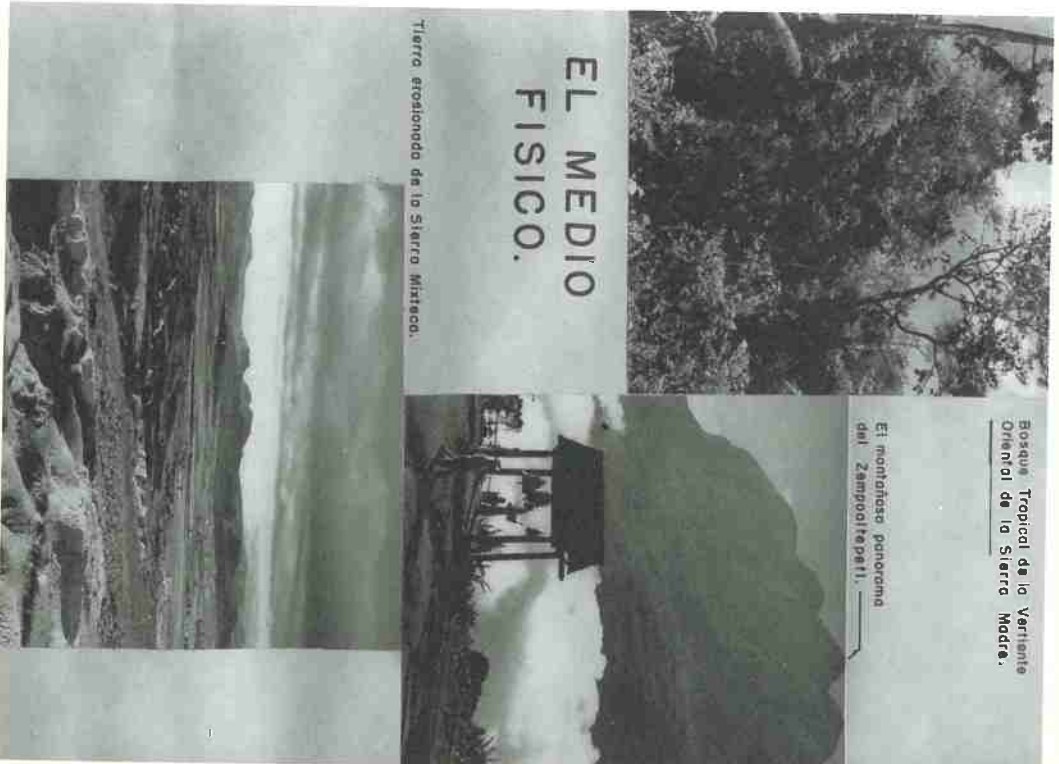
CXNMQUA-AHA, Fondo Comisión del Papaloapan, Caja 127, Expediente 1771, Legajo 1, Foja 70r, Foto 2.

La insalubridad y la ignorancia, en Planificación integral de la cuenca del Papaloapan, 1962.

CXNMQUA-AHA, Fondo Comisión del Papaloapan, Caja 127, Expediente 1771, Legajo 1, Foja 70r, Foto 3.



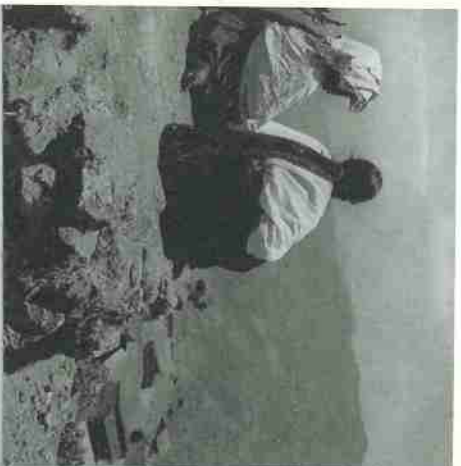
El río Papaloapan y la vasta planicie costera, Veracruz, en Planificación integral de la cuenca del Papaloapan, 1962.
 CONAGUA-AMIA, Fondo Comisión del Papaloapan, Caja 127, Expediente 1771, Legajo 1, Foja 71r, Foto 1.



Bosque tropical de la vertiente oriental de la Sierra Madre, Veracruz, en Planificación integral de la cuenca del Papaloapan, 1962.
 CONAGUA-AMIA, Fondo Comisión del Papaloapan, Caja 127, Expediente 1771, Legajo 1, Foja 71w, Foto 1.

Visa de un campanario frente al cerro Zempoatlépetl, Santa María Tlahuitoltepec, Oaxaca, en Planificación integral de la cuenca del Papaloapan, 1962.
 CONAGUA-AMIA, Fondo Comisión del Papaloapan, Caja 127, Expediente 1771, Legajo 1, Foja 71w, Foto 2.

Tierra erosionada de la sierra mixteca, Oaxaca, en Planificación integral de la cuenca del Papaloapan, 1962.
 CONAGUA-AMIA, Fondo Comisión del Papaloapan, Caja 127, Expediente 1771, Legajo 1, Foja 71w, Foto 3.



Mujeres Mixes.

EL MEDIO SOCIAL Y ECONOMICO.

Niñas chinantecas de Ojitlán, Oax.



71

Mujeres mixes en Tamazulapam, habitantes del Alto Papaloapan, Tamazulapam del Espíritu Santo, Oaxaca, en Planificación integral de la cuenca del Papaloapan, 1962.
CONACUA-AHA, Fondo Comisión del Papaloapan, Caja 127, Expediente 1771, Legajo 1, Foja 72r, Foto 1.

Niñas chinantecas de Ojitlán, San Lucas Ojitlán, Oaxaca, en Planificación integral de la cuenca del Papaloapan, 1962.
CONACUA-AHA, Fondo Comisión del Papaloapan, Caja 127, Expediente 1771, Legajo 1, Foja 72r, Foto 2.



Joven yalalteca.

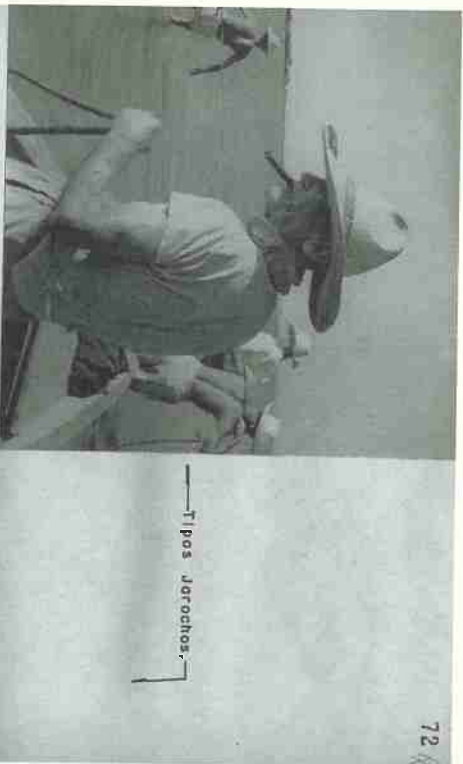
EL MEDIO SOCIAL Y ECONOMICO.



Taladero Yalalteca.

Joven yalalteca, Villa Hidalgo, Oaxaca, en Planificación integral de la cuenca del Papaloapan, 1962.
CONACUA-AHA, Fondo Comisión del Papaloapan, Caja 127, Expediente 1771, Legajo 1, Foja 72v, Foto 1.

Taladero yalalteca, Villa Hidalgo, Oaxaca, en Planificación integral de la cuenca del Papaloapan, 1962.
CONACUA-AHA, Fondo Comisión del Papaloapan, Caja 127, Expediente 1771, Legajo 1, Foja 72v, Foto 2.



72

EL MEDIO SOCIAL Y ECONOMICO.



Hombre jarochlo, Veracruz, en Planificación integral de la cuenca del Papaloapan, 1962.

CONACUA-AHA, Fondo Comisión del Papaloapan, Caja 127, Expediente 1771, Legajo 1, Folio 73r, Foto 1.

Mujer jarochla, Veracruz, en Planificación integral de la cuenca del Papaloapan, 1962.

CONACUA-AHA, Fondo Comisión del Papaloapan, Caja 127, Expediente 1771, Legajo 1, Folio 73r, Foto 2.

Las imágenes son todas soberbias. Incluso así, acomodadas —dos o tres por cada página— sobre una cartulina frágil y cubiertas con un plástico barato, las imágenes son soberbias. Ya sea desde lejos, en las fotografías panorámicas, o ya desde la cercanía que permite el *close-up*, las imágenes no sólo aspiran a no dejar duda respecto del cambio de la región, sino que también emocionan. La inundación: el agua que cubre la mitad inferior de la imagen refleja las ramas simétricas de ese árbol, ese árbol único y solitario, ese árbol melancólico ya, que alcanza a elevarse, junto con los techos de tejamanil, sobre el líquido trágico. Las nubes abigarradas, a punto de aparecer y de desaparecer, atrás de todo eso. El paso del tiempo. El aislamiento: apenas es posible distinguir algo en específico que no sea el verde imaginado —la imagen es en blanco y negro— en ese nudo de montañas. Los pliegues. El cielo vasto. La insalubridad y la ignorancia: debe ser un brujo el que está en cucullas, su brazo derecho extendido hasta alcanzar la boca del niño que yace sobre un petate. Unas cuatro botellas llenas de un líquido ahora ominoso entre ellos dos, el paciente y el doctor. Y atrás, los brazos de la madre sobre su propio pecho: su mano derecha directo sobre el corazón, la izquierda apenas alcanzando la rodilla flexionada. Una mujer con brazos, pero sin cabeza. Una mujer con los brazos de la angustia sobre su propio cuerpo, esperando tal vez lo peor. O esperando, contra toda esperanza, lo mejor.

He visto, sin pie de foto, las imágenes que aparecen alrededor de las siguientes frases: “Montañoso panorama del Zempoalépetl”. “Mujeres mixe”. “Indígena de la mixteca.” Aunque aquí aparecen sin firma, todas esas imágenes las he visto en exposiciones y libros recientes de la obra fotográfica de Juan Rulfo. Plata sobre gelatina. Papeles albuminados. Ahí están las largas colas de caballo colgando de las nuca de esas mujeres que, sentadas justo sobre el abismo, miran hacia el abismo. Un par de casas, sin embargo, allá aba-

jo. En lo que se puede ver. Ahí está, como por encima de las nubes tan blancas, el campanario de Tlahuitoltepec en otra imagen emblemática. Atrás, la montaña inmensa, acaso inmemorial; abajo, el caminante que, paso a paso, otorga a todo el cuadro el movimiento de algo humano, algo al ras del suelo o de la piel. Alguien estira los brazos y toca, justo ahora, las campanas. Y, en ese momento que es éste, aquí que es allá, es del todo posible escuchar una y otra vez el sonido hondo del hierro, el sonido a la vez intenso e íntimo de ese material extraído desde la profundidad misma de la tierra. El eco.

El reacondo en cuanto tal sólo es mencionado en un pie de foto. Puesto que esa imagen se encuentra entre las que aparecen bajo el rubro de "*obra realizada*" es de entenderse que esa forzada expulsión de las comunidades chinantecas y mazatecas para dar cabida a las obras de construcción de la presa Miguel Alemán no debe leerse como una tragedia sino como una inevitabilidad. La imagen relacionada con el pie de foto "Hacia nuevos horizontes" encapsula muchas de las contradicciones que caracterizan el quehacer de la Comisión del Papaloapan en Oaxaca. Para empezar: no hay horizonte alguno en la imagen que ilustra la frase "Hacia nuevos horizontes". Y el espectador sólo puede preguntarse si esto es una de esas jugaretas que el inconsciente le juega con toda alevosía al consciente, o si es más bien resultado de una ironía fina, tremendamente efectiva, que dice sin decir o, mejor, que dice diciendo lo contrario.

Hacia nuevos horizontes: hay una barca de proporciones generosas a punto de zarpar. Hay varias barcas, de hecho, formando lo que parece ser una fila sobre el agua, pero podemos ver la parte posterior de una. Dentro, sobre asientos que se presienten rígidos al contacto con el cuerpo y cubiertos por un medio techo de madera, están los hombres con cabezas coronadas por sombreros. Es obvio que van a partir. Es obvio

que la lejanía se abrirá de un momento a otro ahí, entre ellos y la tierra. Y aquí, entre ellos y nosotros. Pero en el primer plano, el que nos ancla sobre la tierra que pronto quedará atrás, aparece la parte anteroposterior del cuerpo de un burro. ¡Un burro en la selva! ¡Un burro en la ribera de un río! El burro, además, lleva sobre su lomo el peso de muchos bultos. Si la barca está a punto de zarpar ya, ¿qué le pasará al burro? ¿Se quedará con su carga a cuestras, sus pezuñas enterradas en la tierra cubierta de hojas secas, o se unirá a la procesión de reacondados? Si la secuencia pretendiera dar una respuesta a esta pregunta, no nos mostraría después, desde lo alto, en una panorámica que nos aleja, en definitiva, de la tierra, la silueta de Nuevo Ixcatlán, Oaxaca, uno de los pueblos de transmigrados producto del reacondo. Imposible divisar ahí el destino del burro. Imposible ver ahí los cuerpos de los mazatecos y los chinantecos que llegaron, tiempo después, a uno de los tres municipios mixes del istmo de Tehuantepec, San Juan Cotzocón.

Hacia nuevos horizontes: "Un caso distinto es el de San Felipe Zihuatepec y otros pueblos de migrantes a causa de la construcción de la presa Presidente Alemán, realizada por la Secretaría de Recursos Hidráulicos-Comisión del Papaloapan, donde resultó afectada la propiedad de cientos de familias de los grupos étnicos mazateco y chinanteco. A fin de alojar e indemnizar a los afectados con el embalse de la presa, la Comisión del Papaloapan adquirió varios predios en Oaxaca y en Veracruz para crear zonas de reacondo de población. En noviembre de 1957 San Felipe Zihuatepec, en el terreno del municipio mixe de San Juan Cotzocón, fue declarado pueblo de transmisión para los mazatecos y chinantecos afectados. Con tal propósito, la Comisión del Papaloapan había expropiado más de 18 mil hectáreas con la finalidad de compensarlos por los daños y prejuicios sufridos; se reintegró a cada campesino tanta tierra como tenía

anteriormente en el vaso, y a las personas que habían poseído tierra se les dieron 10 hectáreas por familia.”³¹

Hacia nuevos horizontes: “No obstante los más ricos del pueblo de reacomodo, incluidos algunos funcionarios directamente ligados con el indigenismo, compran y acaparan terrenos, y la misma CP vendió parte de las hectáreas a la Papelera Tuxtepec para su programa de reforestación...”³²

Hacia nuevos horizontes: “San Felipe Zihuatepec es la agencia municipal que pertenece a la jurisdicción de San Juan Cotzocón, pero la poca comunicación con esta cabecera municipal hizo que San Felipe Zihuatepec administrara también los otros pueblos de reacomodo, que son oficialmente agencias de policía de San Juan Cotzocón: Arroyo Carrizal, María Lombardo de Caso, Nuevo Cerro Mojarrá, Arroyo Encino, Prof. Julio de la Fuente, Santa Rosa Zihuatepec, Eva Sámano de López Mateos y Miguel Hidalgo. Aquí viven mayoritariamente mazatecos y chinantecos, pero también mixes, quienes ya habitaban estos lugares desde mucho tiempo atrás.”³³

Hacia nuevos horizontes: los nombres, en sí, dicen mucho. Los nombres dicen tanto. Un nombre es una denominación verbal y es un sustantivo y es una lexía y es una unidad fraseológica. Un nombre es el título de propiedad. Un anuncio de los tiempos por venir. Aquí var: el nombre de la esposa de un prominente antropólogo que, además, dirigiría el Instituto Nacional Indigenista. El nombre de la esposa del

presidente de la República. El nombre de un antropólogo y un indigenista muy admirado, por cierto, por Juan Rulfo. ¿Qué se distingue o se designa con estos nombres? ¿Qué hacen esos nombres ahí, abriéndose paso desde la vera del agua hasta la sierra? Los nombres, incluso los nombres menores de los familiares de los verdaderos responsables, ratifican eso que para los habitantes del territorio mixe “desde mucho tiempo atrás” no podía ser visto, ni antes ni ahora, más que como una invasión.

Estamos alrededor de la mesa de madera comiendo tamales de maíz y de frijol. Hace frío. El frío entra por las rendijas de las ventanas de esta casa de Tlahuitoltepec con esa naturalidad propia de las tierras altas, y ni la sopa caliente ni el mezcal ni el tepache parecen protegernos. ¿Y qué investigas?, pregunta de repente el recién llegado desde la otra esquina de la mesa mientras empieza a comer la sopa con ayuda de taquitos de tortilla de maíz y con ayuda de los dedos. No le digo lo que me dijo la asistente de una archivistista: al que tuvo que ver con legitimar el reacomodo de mazatecos y chinantecos en la zona mixe sur. Los transmigrados. Su proceso de expulsión. Le digo, en cambio, que ando buscando los sitios que fotografió Juan Rulfo en su recorrido por la región mixe. ¿El escritor?, pregunta sin dejar de comer. Le digo que sí. El mismo. El que trabajó para la Comisión del Papaloapan. ¿El del reacomodo?, dice, aunque parece que pregunta.

Su nombre es José Díaz Gómez; es hermano de Floriberto, el antropólogo mixe que he estado leyendo con mucho cuidado, con una precavida adoración. Se ve que el tema le interesa porque, tan pronto como la palabra *reacomodo* entra en la conversación, se sirve otro traguito de mezcal. Y yo, que estaba a punto de despedirme, hago lo mismo. José bajó allá, en la zona baja de la mixe. A él le tocó, siendo joven, ser testigo del proceso posterior al reacomodo, así como lidiar, en muchos casos, con las consecuencias socia-

³¹ Salomón Nahmad Sitón, *Fronteras étnicas. Análisis y diagnóstico de dos sistemas de desarrollo. Proyecto nacional vs. proyecto étnico. El caso de Ayuujik (mixes) de Oaxaca, México*, CIESAS, 2003, pp. 136-137.

³² *Ibid.*, p. 137.

³³ *Ibid.*

les y políticas de la trans migración forzada. Él vio crecer el Comité de Defensa y Desarrollo de los Recursos Naturales, Humanos y Culturales de la Región Mixe (CODREMI), creado en 1979 gracias en gran parte al liderazgo de Floriberto.³⁴ Para él, como para su hermano, la Comisión del Papalapan, la Papelera Tuxtpec y el Instituto Nacional Indigenista son parte de una misma fuerza: la fuerza del centro que, en nombre de un desarrollo cuantitativo, ha amenazado siempre la vida autónoma, de trabajo en conjunto, y el quehacer espiritual de la comunidad mixe. No es para nada casual que, en 1984, haya sido precisamente en la comunidad de Cotzocón mixe donde se creó la Asamblea de Autoridades Mixes (ASAM), un espacio de reunión de autoridades municipales y agrarias encargado de negociar y dialogar directamente con el Estado.

Hacia nuevos horizontes: hay una fuente. Al pie de la fuente, una mujer de falda plisada y rebozo sobre la cabeza llena un cántaro con ayuda de una jícara. La fuente pública, en el centro de Tlahuitoltepec, es, en efecto, un surtidor de agua. Ahora, esa misma fuente, es una pileta a un lado de la cancha de basquetbol donde se juegan partidos y se congrega la asamblea.³⁵

Hacia nuevos horizontes: hay un campanario de gruesos barrotes de madera al borde de un abismo. Las nubes blancas a sus pies. La montaña, sólida y enorme, frente a todo eso. Ahora, desde detrás de los ventanales de la sala de usos

³⁴ Luis Hernández Navarro, "Décimo aniversario luctuoso de Floriberto Díaz. Las fuentes del nuevo pensamiento indio", *La Jornada*, núm. 410, 30 de octubre de 2005.

³⁵ Salomón Nahmad Sitrón, "Aspectos de la subregión mixe del istmo de Tehuantepec. Las formas de gobierno indígena en tres municipios mixes del istmo de Tehuantepec, Oaxaca", <<http://pacificosur.ciesas.edu.mx/descargas/salomon/2%20Salomon%20Nahmad.pdf>>.

múltiples donde los domingos se pone el mercado, es posible ver el mismo paisaje. Quien observe desde aquí observará, desde encima de las nubes, la montaña.

Hacia nuevos horizontes: hay instrumentos musicales al ras del suelo. Trompetas. Tubas. Tambores. Hay atriles apun-tando permanentemente al cielo. Hay cielo. Aquí no se pregunta de dónde eres, me dicen, sino qué instrumento tocas.

Hacia nuevos horizontes: el agua de la lluvia golpea los techos de lámina de la Casa de la Mujer. Aquí, en esta cabañ-a de madera rodeada de plantas y pinos, se hospedan las y los que vienen a participar en eventos culturales o sociales en Tlahuitoltepec. El agua de la lluvia cae a borbotones. Más que gotas, marjadas. El ruido cercano de un trueno nos alerta: estamos en medio de un bosque, en la punta de una montaña. Estamos en medio de un bosque y todo, absolutamente todo, puede ocurrir.

Hacia nuevos horizontes: USTED ESTÁ AQUÍ.

INDIGENISTA AL REVÉS

El Instituto Nacional Indigenista se creó en 1959, y estuvo, desde entonces hasta 1970, bajo la dirección de Alfonso Caso, abogado de profesión y reconocido arqueólogo e indigenista que publicó en 1953, el mismo año en que Juan Rulfo dio a conocer *El llano en llamas*, su *El pueblo del sol*.³⁶ Ya antes, en 1951, justo en los años finales del alemanismo, se había creado el primer Centro Coordinador Indigenista en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, dirigido por el reco-

³⁶ Alfonso Caso, *El pueblo del sol*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953.

nocido antropólogo Gonzalo Aguirre Beltrán. El así llamado “problema indígena” no sólo estaba en la mente de los desarrollistas de la época, modernizadores a ultranza que percibían las formas de vida y de producción de las comunidades indígenas como un obstáculo para el progreso de la nación, sino también en la de escritores y artistas que, desde sus trincheras, aportaban su punto de vista, con frecuencia un punto de vista de la clase media urbana, sobre la cuestión. Aunque Juan Rulfo no se incorporaría al INI sino hasta 1963, en el Departamento de Publicaciones que entonces dirigía Carlos Solórzano, su nombre destaca entre los creadores de mediados del siglo XX que mostraron una visible preocupación y una abierta simpatía por las formas de vida y de percepción indígenas. Lejos de percibirlos como obstáculos, Rulfo y otros los veían como víctimas de un progreso altamente selectivo, si no es que corrupto, dirigido desde el centro del país por una élite que poco o nada sabía de la vida rural. Aún más, Rulfo los veía, como lo esbozó en las líneas que no llegó a publicar en la revista que nunca dirigió para la Comisión del Papaloapan, como generadores de formas de trabajo que, en mucho, podrían contribuir al bien nacional.

En “Juan Rulfo y el quehacer editorial indigenista”, cuenta Félix Báez-Jorge, compañero de trabajo en las oficinas gubernamentales, que, durante su primera etapa en el INI, de 1963 a 1970, Rulfo participó en la selección y publicación de un número reducido pero importante de títulos indigenistas: “De esa época vale la pena recordar estudios sobresalientes como *Medicina y magia* de Gonzalo Aguirre Beltrán; *Arte popular de México* que escribieran Rubén de la Borbolla, Alfonso Caso y otros autores; *Los zinauanteas*, coordinado por Eyon Zarman Vogt; *Relaciones interétnicas* de Julio de la Fuente; *Medicina maya en los altos de Chiapas* de William R. Holland; *Organización social de los mixtecos* escrito por Robert S. Ravicz, entre otras importantes obras antropológicas. Se

editaron también cartillas para alfabetizar en las lenguas mixteca, raramuri y tzeltal”.³⁷

En la segunda etapa, que comienza en 1970 y que, bajo los auspicios del régimen cheverrista, multiplicó exponencialmente tanto el financiamiento del Estado como la labor editorial del INI, Rulfo “orquestó” la edición de 43 títulos con el apoyo del editor Lauro Zavala y del antropólogo Alfonso Villa Rojas, privilegiando esta vez la publicación de tesis e investigaciones de una nueva generación: “*Vida y magia en un pueblo otomí*, escrito por Luigi Tranfo (con prólogo de Vittorio Lanternari); *Parentesco y economía en una sociedad nahua*, de Lourdes Arizpe; *Planos de interacción del mundo tzotzil*, de la pluma de George A. Collier; *La religión de los totonacas*, de Alain Ichon; *El indio en la narrativa contemporánea de México y Guatemala*, cuyo autor es Lancelot Cowie. *Los zoque-popolucas: estructura social*, de Félix Báez-Jorge”.³⁸

Humilde es un adjetivo que se ha utilizado con asombrosa frecuencia para describir la personalidad y la presencia de Juan Rulfo. Humilde, recuérdese, es lo que se obligaba a ser él mismo de nueva cuenta después de vociferar contra la industria pesada o las condiciones de explotación del trabajo en que participaba. En no pocas ocasiones esta característica se ha interpretado como una especie de gen cultural, si no necesariamente racial o étnico, que lo acerca, de manera ineludible y orgánica, al mundo indígena. Se ha dicho así que, si Rulfo se interesó por las comunidades indígenas del sur del país, fue por ese carácter “humilde” que lo conectaba con un México remoto, si no es que ya ido. Independientemente de que el carácter de Rulfo haya sido todo lo contrario de la ostentación y la autopromoción características

³⁷ Félix Báez-Jorge, “Rulfo y el quehacer editorial indigenista”, <http://www.clubcultura.com/clubliteratura/clubescritores/juanrullo/NI_FelixBaez_Jorge.pdf>, p. 224.

³⁸ *Ibid.*, p. 226.

del medio literario del México de mediados del siglo XX, habrá que recordar que el escritor jalisciense visitó en persona y conoció de viva voz muchos de los rincones del país que luego marcaron su obra tanto textual como visualmente. Rulfo estuvo ahí, sí, en efecto, como agente de la más pura modernidad de mediados de siglo. Rulfo vio, sí, críticamente, o dolidamente, o ambivalentemente. Rulfo fue testigo, en efecto, de lo que su participación en estos proyectos hacía posible: llevar "esperanza" a estos lugares y llevar también más dislocación y miseria. Reacomodo, se dice así. Expulsión. Desalojo. Fuera de aquí.

Ese ambivalente punto de vista del que ve con melancolía hacia atrás y actúa, al mismo tiempo, a favor de los vientos de progreso, tal vez es lo que llevó a asegurar a Sergio Fernández, en la reseña de *El llano en llamas* que publicó en la revista *Filosofía y Letras* de 1954, que en esos cuentos "es el indio el que habla y lo hace para sí. No le importa tanto ser o no ser entendido plenamente, ni tan siquiera interpretado".³⁹ A Fernández no le bastó asegurar que los personajes de *El llano en llamas* eran, así, indígenas, sino que también aventuró que el autor de ese libro "tenía en sí" la condición humana del indígena, "aun cuando este enseñar una conciencia mítica, misteriosa, aletargada, sea un parto pocas veces esperado y, por consiguiente, aún más doloroso".⁴⁰

Similares consideraciones han sido expresadas también, acaso, en lo referente a sus fotografías. En "Deseos y prejuicios: la representación indígena fotográfica en Juan Rulfo", el artículo que Luis Josué Martínez Rodríguez publicó en el número 81 de la revista *Estudios Jaliscienses*, se aduce que la entusiasta bienvenida del Rulfo fotógrafo en 1980, a raíz de su homenaje en Bellas Artes, mucho tuvo que ver con una

lectura esencialista y esteticista de su trabajo, muy acorde con los principios amparados desde el Departamento de Fotografía del Museo de Arte Moderno de Nueva York y refrendados, a su vez, por la élite de fotógrafos nacionalistas al servicio de la construcción de una identidad unitaria para el régimen revolucionario del siglo XX.⁴¹ Para evitar caer en rígidos estereotipos que colocan tanto al indio como a Rulfo en un estrato básico de la "poética indígenista", Martínez Rodríguez propuso tomar en cuenta y resaltar los distintos motivos que llevaron los dedos de Rulfo al botón de la cámara: "Las hay desde aquellas plenamente documentales, aquellas individuales, aquellas que sirven para un trabajo en particular, y aquellas que él tomaba por puro gusto fetichista de la imagen, una autosatisfacción, y aquellas en busca de una autorrepresentación".⁴²

En la serie de fotografías que Martínez Rodríguez eligió para mostrar un Rulfo fotógrafo fuera del eje precioso del esteticismo nacionalista aparece, una vez más, Oaxaca. Se trata de las imágenes que aparecen en *Infamundo: el México de Juan Rulfo*, en las que el autor jalisciense captó a un grupo de mujeres indígenas trabajando la tierra en la ladera de una montaña.⁴³ Lejos del estereotipo clasista que suele representar al indígena estático, en postura contemplativa y rígida, estas mujeres se mueven en conjunto. Algunas de ellas, de hecho, miran de frente al fotógrafo, alejando también el aducido hermetismo y la timidez del indio, aunados al mítico fanatismo que le impide, según algunos, ser retratado por miedo de perder su alma. Como bien concluye Martínez Rodríguez:

⁴¹ Luis Josué Martínez Rodríguez, "Deseos y prejuicios: la representación indígena fotográfica en Juan Rulfo", *Estudios Jaliscienses*, núm. 81, 2010.

⁴² *Ibid.*, p. 31.

⁴³ Frank Haney, *Infamundo: el México de Juan Rulfo*, México, Ediciones el Norte, 1980.

³⁹ Sergio Fernández, "El llano en llamas de Juan Rulfo", *Filosofía y Letras*, núm. 27, enero-junio de 1954, pp. 53-54.

⁴⁰ *Ibid.*

Esta secuencia de imágenes permite no sólo ver lo pesado de una jornada laboral en la sierra de Oaxaca, sino también el hartazgo y la alegría, la tranquilidad y la movilidad, polaridades que posibilitan una imagen más abierta, en fin, más humana, de los sujetos fotografiados. El código de artisticidad del indígena de espaldas, inmóvil y melancólico, se rompe para ceder paso a distintos registros emocionales de aquél frente a la cámara. Y quizá, si conociéramos toda la serie, las imágenes se abrirían en relatos complejos que, ahora sí, podrían ser valorados, ya no desde su inserción en una tradición preestablecida, sino desde sus propias reglas, sus propias maneras de ser imagen.⁴⁴

En una crítica literaria que con frecuencia privilegia, y a menudo limita, la búsqueda de influencia textual dentro de lo propiamente literario, ha sido común que muchos especulen respecto de la huella de lecturas de novelas y poesía en la obra de Rulfo. Su probada práctica como voraz lector incita, sin duda, esta perspectiva. Sin embargo, como esa misma forma de analizar textos ha desdénado las articulaciones de lo formalmente literario con discursos públicos o académicos, como la tradición oral o la antropología, se le ha encontrado poca utilidad, por ejemplo, a la tremenda actividad de Rulfo como editor del Instituto Nacional Indigenista, labor que sólo concluyó con su muerte, en 1986. De hecho, dos de los empleos más importantes que obtuvo Rulfo durante su vida obedecieron, sin duda, a su creciente prestigio como autor consagrado, pero también estuvieron íntimamente ligados a su reputación de tenaz y cuidadoso documentalista. El ingeniero Raúl Sandoval, quien le ofreciera empleo en la Comisión del Papaloapan, lo admiraba, al menos, por ambos tipos de escritura. Su posición en el INI, directamente ligada a la lectura y la edición de textos antropológicos y etnográficos, seguramente estuvo relacio-

nada con su conexión palpable y participativa con los mundos indígenas de su tiempo.

Lo que pasa es que yo trabajo, había dicho Rulfo, casi sin pensarlo, cuando trató de explicar cómo fue concibiendo y estructurando su obra. Tal vez en esa respuesta impensada, en esa respuesta casi automática, haya más verdad de la que hemos estado dispuestos a conceder. Los trabajos de Rulfo, después de todo, fueron los que lo llevaron en persona a todos los lugares y a todas las personas que terminaron marcando la obra que plasmó en párrafos y que desplegó en imágenes. Empleado por los empresarios y la burocracia estatal de la más activa modernidad de medio siglo, Rulfo acudió a esos sitios, y lo constató todo. Había un mundo atrás, en efecto, desapareciendo bajo los embates de presas y nuevos cultivos, sistemas de riego y corrupción, y había un mundo adelante, hacia donde lo arrastraba el viento del que él mismo formaba parte, que se negaba a ver de frente. Ése era el mundo que él mismo, en esos empleos, contribuyó a construir. Ése era el mundo que, detrás de los reflectores, al amparo del INI, contribuyó a develar para la nación a través de la edición y la publicación de libros antropológicos y etnográficos. Ése era el mundo ante el cual, al menos literariamente, guardó silencio.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 46.